

llas manos y aquellos piés, y apenas pudo contener una exclamacion.

Hemos dicho que Antonio era un ciego idólatra de lo bello, y aquella muchacha era bella, atractiva, graciosa hasta la idealidad.

El perfil era puro, artístico, irreprochable como un camafeo hallado en una excavacion de Pompeya.

Tenia no sé qué de Cleopatra.

Las formas eran dignas de la Vénus divina de Praxiteles....

LXIII.

Aquella mujer era ciertamente inspiradora, verdaderamente poética, y Antonio poseia cierta aptitud para apreciar lo bello en donde quiera que se hallase.

La habia visto venir rodeada de una atmósfera que le era propia, como la de un astro.

Aquella muchacha era el original de la copia que habia hallado en la cabecera del lecho de su amigo;

Su presunta prima Isabel.

Pero Máximo se habia ruborizado varias veces al hablar de su prima, mucho mas cuando la descubrió, y ella tambien al descubrir á Máximo.

El saludo habia sido perfectamente aristocrático y circunspecto.

Si no hubiera sonreido de *cierta manera* al saludar, el saludo hubiera sido impertinente y casi altanero.

Quedaba, pues, demostrado, á juicio de Antonio, que entre aquella jóven y su amigo habia algo mas ó algo menos que las relaciones de un simple parentesco.

Podia muy bien suceder, aunque esto hubiera parecido á

Antonio demasiado absurdo, que hubiese entre aquellos jóvenes relaciones amorosas.

Pero esto solo podia suceder hablando en el sentido de que nada es imposible.

Cuando ambos hubieron perdido de vista aquel bello grupo de dríadas, Máximo se quedó mortificado y Antonio serio.

—¿La viste? —preguntó el primero al segundo— y la conociste?

—¡Ya lo creo!..... tu prima Isabel.....

—Eso es.

Y Máximo pronunció este *eso es* con una entonacion de inocente ironía.

—¿Te gusta? —dijo Máximo.

—¡Oh! es hechicera! Se comprende que el susodicho *futuro* guanajuatense es un hombre que sabe vivir.

—¿Crees tú?

—Sin duda..... esta mujer es linda como una diosa.

—Sí, es *bonita*..... ¡Si vieras!.....

—¿Qué?.....

—No es mi prima.

—Ah!

—Ni se llama Isabel.

—¿Pues cómo?

—Eugenia.

—¿Eugenia?

—Sí.

—Y el novio ¿cómo se llama?

—Tampoco tiene novio. Todo era broma. Eugenia no tiene mas amante que yo, á lo que parece. La enamoro hace algunos meses, y aun no me resuelve definitivamente.

—Nada sabia ni sospechaba, te lo juro.....

—Por eso te lo cuento. Pero reserva *esto*. Ah! si vieras!..

- ¿Qué?
 —Es negocio. ¿La viste bien?
 —Sí, es divina, divina!
 —Es rica, rica!
 —Pues entonces.....
 —Entonces, tanto mejor para mí si me quiere. Será un golpe maestro.....
 —¡Qué ojos de mujer!
 —¡Y qué anillos tiene!
 —¡Qué cuerpo y qué piececitos!
 —Tiene *como* catorce mil pesos en alhajas.
 —El seno, y los hombros, y los labios.....
 —Tiene dote.....
 —¿Y qué?.....
 —Sin *eso*, de nada serviría lo demás.....
 —¡Eres un *majadero*, Máximo!
 —¿Por qué, Antonio? Esta jóven es para tí una diosa, y para mí un proyecto. Es *negocio*, créelo, un *negocio redondo*. Si no tuviera dinero, la *echaría á pasear*, porque yo no soy ningún Pachá para mantener muchachas bonitas nada mas por un simple gusto.
 —¿Y te corresponde?
 —Parece que sí.....
 —¿Te ha tratado?
 —Poco. Enamora á una de las hermanas. No son tan *bonitas*, pero tambien tienen algo.
 —Gracias, Máximo: no sé hacer negocios con mis sentimientos.
 Y al decir estas palabras Antonio, habia arrojado sobre Máximo una mirada de soberano desden.
 Máximo recibió aquella mirada, pagándola con una muequilla de labios perfectamente burlona y cáustica.

- Vamos á *verlas* —añadió este último, indicando con el gesto el rumbo por donde habian desaparecido las muchachas.
 —Tengo hoy cita y debe darme Eugenia una resolucion. Vamos á la casa del Sr. ***, en donde viven, y por una tapia del jardin la hablo. Vas á ver. Probablemente me servirás, porque creo que han sospechado algo y *la cuidan*.
 Antonio se sentia disgustado en gran manera.
 No podia suponer que existiera un positivismo tan prosaico en un alma de veinte años.
 El corazon y el cerebro de su amigo se habian vuelto de oro, y *explotaba* su cerebro y su corazon.
 Deseos le vinieron de abandonar á Máximo y volver á México, solo.
 Aquella sílfide tan séria, tan hermosa y tan simpática, le habia *impresionado* profundamente.
 Los proyectos de Máximo le repugnaron hasta el grado de encontrarle sórdido, repugnante, intolerable.
 ¡Eugenia!
 Tipo ideal, bella reproduccion *de lo antiguo*, medallon griego apreciado por su amigo como una joya valiosa, y no como un objeto bello.
 Eugenia valia para Máximo tal cantidad de pesos fuertes. Nada mas.
 ¿Para qué era rica aquella muchacha tan linda?
 Si fuera pobre, sin duda alguna que no lo hubiera despertado jamás la ruin codicia de aquel especulador helado de veinte años.
 Para la imaginacion de Antonio, para sus sentimientos y para sus ensueños, Eugenia era una entidad mitológica.
 Para las aspiraciones de Máximo, aquella jóven majestuosa como Juno y linda como Vénus, no podia pasar de un artículo mercantil.

¡Tan joven Máximo, y ya calculista frío y avaro como un viejo!

Esto era detestable.

Estaba pendiente de saber la historia de aquellos amores singulares.

Aquella historia debía de tener un carácter absolutamente excepcional.

Aun no tenía Antonio ni aun la más ligera noción de esa ciencia terrible que se llama *mundo*.

Máximo, no obstante su extremada juventud, había pasado por una prolongada serie de amargas peripecias de la vida.

Jóven, muy jóven aún, se propuso seguir viviendo sin hacerse ilusiones sobre cosa alguna. Ver claro, ser todo cabeza, deprimir constantemente al corazón reprimiendo sus impulsos.

Hé aquí los fundamentos de la gran ciencia que el jóven empezaba á cultivar tan empeñosa y resueltamente.

Sentía Antonio una vehemente curiosidad por saber aquella historia que de antemano le repugnaba.

Máximo, mientras se dirigían á la cita, se la contó.

Nada tenía de particular.

Había conocido á Eugenia en un día en que pasaba por cerca de una casa de Chimalixtaca.

Era una de tantas jóvenes que almorzaban alegremente á la sombra de los árboles de la huerta de aquella casa.

Máximo entraba en San Angel buscando una caza muy distinta de la que se le presentaba.

En aquellos momentos, ni por la imaginación le pasaba que existen mujeres hermosas en el mundo.

Máximo vivía exasperado con su pobreza y su impotencia, y no se daba la pena de pensar en *flores*.

Sin embargo, la primera mirada fué la que instintiva y naturalmente tiene que arrancar la belleza á la juventud.

Esto es, una mirada inflamada de pasión y deseo.

Pero poco después el cazador tuvo lugar de observar que había en las orejas y en los dedos de Eugenia, algo que brillaba más que los ojos seductores de aquella muchacha.

É inmediatamente procedió á insinuarse amorosamente con aquellos magníficos diamantes que tanto abonaban á aquella linda mujer.

Máximo era fino y suave en sus maneras, excesivamente atrevido, y no carecía de ciertas ventajas físicas que ninguna mujer pasa desapercibidas.

Comprendió que no era enteramente desechado, y se propuso seguir empeñosamente en *aquello*.

Eugenia era bella, voluptuosa, rica.

Era, pues, la lotería, el bello ideal de Máximo.

Era aquella una oportunidad que no debía dejarse pasar.

Una especie de aventura que debía de seguirse con insistencia y energía, pero con *tacto*.

Máximo había sabido *iniciarse*, empleando los recursos y secretos resortes que pueden despertar el interés en el corazón de una mujer.

Y aunque Eugenia parecía tan severa como linda, Máximo no se desanimaba.

En pocos días pudo colocar á la jóven en un verdadero estado de vacilación.

Entre las callejuelas, las flores y los arroyos de San Angel, pudo Máximo presentarse á los ojos de Eugenia cubierto de cierto interés.

Le llamaba la atención de una manera notable.

Llegó en pocos días á pensar en él algunos ratos y á preguntar dos ó tres veces á sus amigas un

—¿Quién es este?.....

Que dicho *muy al pasar*, y con un gesto y tono de voz casi

depresivos, nada revelaba á aquellas y podía tener una significacion favorable para Máximo.

Empezaba bien aquel negocio, pero Antonio vino á romperlo.

Al pasar Eugenia cerca del árbol en que ambos amigos *descansaban*, la mirada lánguida pero penetrante de Antonio le habia dicho tanto!.....

Habia visto en la frente del jóven, casi adolescente, amigo por lo menos de Máximo, una palidez tan inmaculada, estaba aquella frente tan exenta de rugas y de sombras, que Eugenia, perspicaz, apasionada y soñadora, habia visto aquella frente como la página en limpio de un *album* en donde se puede escribir lo que se quiera.

La jóven tierna, pero inocentemente caprichosa, habia querido ver escrita allí la palabra divina:

«Amor.»

¡Debia de tener tanto fuego y tantas ilusiones vírgenes aquel colegialillo de veinte años!.....

Máximo se desbordaba en sávia, y era serio y pensativo.

● Aquel jovencito aparentaba estallar en ideas y parecia triste y soñador.

Las mujeres aman el idealismo, ó por organizacion ó por amor propio.

La idea es la rehabilitacion de las mujeres, como la fuerza moral y material es la de los hombres.

Aquella sonrisa y aquella ligera inclinacion de cabeza, *apuntadas* para Máximo, habian ido á parar hasta Antonio.

Antonio las habia recogido sin apercibirse de ello.

Era un colegial niño, tímido, modesto y ruboroso.

Al ver los piés de ninfa de Eugenia, cuando ella recogió su vestido para pasar entre escombros y flores, se estremeció de placer y de pudor viendo aquellos piés, y aquella pierna fina, rosada, redonda.....

Ya hemos dicho, no sabemos si en otra parte ó en otro libro, que el pudor, este velo del placer, azucena que se abre entre la niñez y la juventud, es lo mismo en el hombre que en la mujer á cierta edad.

Eugenia habia visto á Antonio desde cierta distancia, con curiosidad, despues con placer.

Al pasar á su lado, con ternura.

Antonio era un niño.

Aquella sonrisa que pudo haber atraido una abeja ó una mariposa, fué á caer como una flor deshojada sobre la frente y sobre el seno del iluso niño.

Antonio entonces se medio enamoró sin saberlo,

O mejor dicho, sin comprender que se habia medio enamorado.

Eugenia pensó que seria *muy bonito* llegar á ser madre y llegar á tener hijos, al menos uno, *así*..... como aquel cazadoreillo que se hallaba con Máximo.

Máximo, aquel muchacho frio, audaz é imperturbable, que se habia atrevido á escribirle una carta, un billete grande, sin perfume, seco y neto, en el que sin preámbulos le pedia redondamente que le amara, por medio de frases en las cuales se embozaban anfibologismos expresados con las palabras «conveniencia,» «sentimientos,» «establecimiento y felicidad, &c.,» cuyos *trait d'union*, comprendidos, ó por lo menos sospechados por el alma de la jóven, suave y decentemente espiritual, no pudieron menos de inspirarle repugnancia y desprecio.....

¡Pobre Máximo!.....

Eugenia, sin conocer á su amante, y por consiguiente sin comprender sus verdaderas aspiraciones, habia mas bien indicado que dicho un «veremos,» palabra que tanto emplean las mujeres cuando *necesitan tiempo para pensarlo*.

Ese dia, al regresar á su morada, despues del encuentro de los jóvenes, habia improvisado una resolucion.

Las resoluciones de Eugenia eran de temerse por mil títulos: Cuando esas resoluciones eran improvisadas tenían otro carácter:

¡Terribles!.....

LXIV.

Eugenia era no solo bella, sino buena. Sus lindos labios tenían un repliegue desdeñoso y casi altanero.

Pero Eugenia no era altanera, sino que apartaba con horror su boca del cáliz de la vida.

Había tenido muchos amantes, y los había encontrado á todos iguales.

Deseo, amor propio ú orgullo.

Hé aquí lo único que la jóven había encontrado en sus adoradores, y hé aquí lo único que aquella solitaria del corazón había podido descubrir al través de las mayores y mas apasionadas protestas de amor.

Tenia Eugenia el orgullo de sus sentimientos, se apercibía, sin quererlo tal vez, de la bondad de su corazón, y cuando la hablaban de sentimientos, de amor y de corazón, ella se reía de un modo irónico y capaz de desconcertar á un *Don Juan*.

Pudo, sin embargo, llamarle la atención el atrevido aplomo con que Máximo se presentó á sus ojos.

Máximo había empezado á obrar con cierto aplomo y con cierta insistencia, que hicieron sospechar á Eugenia que era amada con buena fe y de veras.

Tenia demasiada dignidad y demasiada elevación de ideas para abrigar esta:

—¿Quién será Máximo?

Y lo único que hubiera deseado descubrir, era «cómo sentía.»

Sentir bien, es dar la mas completa y absoluta garantía en materia de amores.

Máximo tenía fuerza de voluntad, era un alma de bronce, y sabía cuando era preciso, hacer de su semblante un logogrifo indescifrable, una página china ilegible.

Se hubiera sentido humillado y él solo se hubiera calificado de débil, si una mujer hermosa hubiera sorprendido en sus miradas el relámpago del deseo.

Aquella cara inmóvil inspiraba desconfianza.

Puede decirse que tenía el alma encerrada con llave y en tinieblas, y cuando necesitaba de un alma para vivir en el mundo, la mandada hacer á su voluntad, imponiéndola la suma de condiciones necesarias para alcanzar la utilidad de aquel artefacto moral.

No sabemos qué economía de la vida humana había estudiado Máximo.....

Al través de su austeridad casi monástica, era un grande amador de los placeres mundanales; pero los veía con esos perfumados y vistosos ramilletes con que se adorna una mesa de cincuenta cubiertos.

No concebía ningún placer sino después de haber hecho la digestión.

Después del *beefsteak* la Lucinda: todo con orden.

Podía ir á todas partes con el traje que usaba.

Nunca le faltaba en el bolsillo una moneda de oro y una pistola, ni el botón de rosa en el ojal.

Sabía, cuando era conveniente, formarse una *careta* con la nube de humo de su enorme y perpetuo puro.

Nunca exclamaba: ¡*Dios mío!* ¡*Dios mío!* como suelen hacerlo todos, aunque no sepan lo que dicen.

En lugar de aquellas palabras, decía á menudo y después de suspirar, estas otras: